

Por una universidad lectora

JUAN DOMINGO ARGÜELLES
Ensayista, poeta, crítico literario y editor

A veces hay razones para preguntarnos si nos estamos volviendo tontos o, nada más, nos hacemos tontos, pues es difícil comprender que alguien que tiene nivel universitario (y que incluso puede contar con maestría y doctorado) crea que ya no necesita mejorar su inteligencia porque ya cursó y aprobó todos los posgrados de la escolarización formal, y como si esto lo eximiera de una vez y para siempre de abrir y leer un libro, una revista, un periódico (cierto amigo que da clases en una escuela de periodismo me refiere su lucha cotidiana para conseguir que los alumnos ¡lean todos los días el periódico!). De hecho, está comprobado, científicamente, que la inteligencia no es un valor fijo: que para mantenerla saludable y en buen estado y continuarla en desarrollo constante hay que usarla, pues, darwinistamente, todo aquello que no se usa se atrofia. Quienes crean que, por tener un título universitario, ya son inteligentes para siempre, están muy equivocados.

En su libro *El vuelo de la inteligencia*, José Antonio Marina señala algo fundamental al respecto: “La inteligencia

es la capacidad de resolver problemas vitales, por lo que no puede ser considerado muy inteligente quien no sea capaz de *decidir*, aunque dentro de su refugio resuelva con soltura problemas de trigonometría”. Añade que la inteligencia no es únicamente un asunto de conocimientos, sino también de valores. Por ello, sólo la formación continuada y la búsqueda de nuevos horizontes mantienen nuestra inteligencia despierta. ¿Quién podría refutar a Marina cuando afirma que “[...] confundir la inteligencia con la capacidad para jugar bien al ajedrez, es una broma o un timo”? “Al fin y al cabo –concluye el filósofo–, un programa de ordenador –*Deep Blue*– ha vencido a Kasparov”.

Para mantener viva la inteligencia, la formación intelectual universitaria no puede prescindir del mejor pensamiento (filosófico, psicológico, sociológico, histórico, científico) ni de la más alta creación literaria de todos los tiempos. Y, sin embargo, hoy constituyen legión los universitarios que no han leído por ejemplo a Aristóteles ni a Eurípides ni a Sófocles ni a Platón ni a Shakespeare ni a Montaigne ni a Nietzsche ni a Freud ni a Koestler, mucho menos a Chéjov, Tolstoi, Balzac, Chomsky, Jung, Heidegger, Kant, Schopenhauer, Durkheim, Benjamin, Eliade o Steiner. ¿Qué es lo que ha pasado con la universidad? Algo muy simple y dramático: que las especializaciones han llevado a los profesionistas a saber muchas cosas sobre casi nada. Saben generalidades sobre una carrera (la suya, es decir la que sea) que no les enseñó ni les exigió leer más allá de ella, y esto incluso fragmentariamente, es decir a través de las fotocopias y de predigeridos exámenes de opción múltiple. Por ello no aprendieron a leer, y la lectura que no sea de *bullets* o de sumarios los aburre y los cansa. Por ello, también, el Twitter y el ruido noticioso de Yahoo los tiene como palomillas atraídas por la luz de una lámpara.

Lo cierto es que las publicaciones universitarias no deben ponerse al nivel de las publicaciones frívolas de los puestos de periódicos, sino ser extensiones de las aulas, de la cátedra. ¿O, acaso, porque un gran sector de los universitarios apenas si lee algo, hay que darles a todos materiales para lectores semialfabetizados? Hoy, muchas publicaciones han renunciado a sus lectores naturales, es decir a sus lectores lógicos, a cambio de darles brevísimas cápsulas como las que encuentran en los noticiarios radiofónicos y televisivos y en Internet.

Hasta los suplementos y las secciones culturales de los diarios ya también tienden a esto, a partir de diseños mercadotécnicos que tienen el propósito de darles notas brevísimas, casi telegráficas, a los presuntos lectores. Hoy parece un sacrilegio que una publicación cultural o universitaria entregue a sus lectores amplios ensayos, espaciosa crónicas, profundos artículos, generosas entrevistas. Y es obvio que si un universitario no es capaz de leer, en una revista, en un suplemento o en un periódico, un texto de cinco páginas, es porque tampoco es capaz de leer cinco páginas de un libro. En otras palabras, si nos sumamos a la exigencia mercadotécnica de igualar el texto impreso al texto de pantalla, lo único que haremos será agravar el analfabetismo funcional de los universitarios.

En *La industria del libro: Pasado, presente y futuro de la edición*, el editor Jason Epstein recuerda que “[...] el gran número de matrículas universitarias que siguió a la Segunda Guerra Mundial produjo una generación de lectores serios de diversas procedencias sociales”. Por ello, los mejores editores saben que tienen que aprovechar esa formación universitaria no sólo para ir al encuentro de esos lectores, sino para proponerles obras e ideas nada previsibles, distintas, enriquecedoras, pues la universidad es sólo un paso para la verdadera

formación de los lectores, la cual se va haciendo, sobre todo, fuera de las aulas y muchas veces muy lejos de las asignaturas académicas.

Para Epstein, la edición cultural tiene que ser una universidad paralela. Y si un sector de los universitarios, de los profesionistas, de los egresados de las universidades, no quiere leer sino 140 palabras, flashes, *bullets*, *insights* publicitarios, grafiquitas, sumarios, pies de fotos y textitos previamente masticados, en papillas predigeridas, pues que se conformen con eso, pero no podemos sacrificar a los lectores que sí quieren leer y continuar su formación intelectual y espiritual, nada más para darles por su lado a los universitarios que no quieren leer. Que no lean si no quieren leer (y que nadie los obligue), pero no nos obliguemos nosotros –en razón de una buena intención mal entendida– a darles a todos productos chatarra nada más porque a un sector mayoritario le encantan los productos chatarra. Si pensáramos desde un punto de vista nutricional y gastronómico, sería injusto sacrificar la alimentación y el gusto de los que saben comer, nada más que para atender las exigencias de los aficionados a la chatarra.

Recordemos una vez más el certero diagnóstico de Gabriel Zaid: el gran problema de la lectura no tiene que ver con las masas pobres y analfabetas que no saben leer ni escribir, sino con una enorme cantidad de universitarios que, aun teniendo recursos para comprar libros, no quieren leer. Por muy mal que estén, tienen medios adquisitivos suficientes. La prueba de ello es que compran corbatas, celulares, trajes de marca, zapatos caros, buenos automóviles, pero los libros no sólo no les interesan sino que les parecen carísimos cuando cuestan doscientos o trescientos pesos, cantidad que sin embargo pagan sin chistar por unos aperitivos, seguramente porque –listos como son– piensan que no sólo de libros vive el hombre.

¿Qué es lo que quieren esos universitarios: leer monitos? No, tampoco quieren eso; lo que quieren es desentenderse de la lectura de libros, revistas, periódicos, etcétera, y sólo estar frente a la tele y ante la pantalla de Internet. Resulta que muchos universitarios no quieren dedicar demasiado esfuerzo intelectual a la lectura. No quieren libros profundos, quieren papillas: alimentos que otros se han encargado de masticar para que ellos únicamente los traguen.

La verdad es que, como afirma Epstein, “[...] la edición de libros se ha desviado de su verdadera naturaleza, y ha adoptado la actitud de un negocio como cualquier otro”. Para muchos universitarios, los libros son simples instrumentos que sirven para avanzar en la carrera profesional en tanto consiguen su inserción en los ambientes laborales. Cuando ya han conseguido su objetivo de titularse y son flamantes ejecutivos y directivos de la empresa privada o del gobierno, los libros constituyen un lastre que hay que arrojar por la borda si se quiere avanzar, además de que, estos ejecutivos exitosos, no tienen tiempo para leer, pues están ocupadísimos en no leer.

Leen, cuando mucho, manuales sobre liderazgo y, entre ellos, por supuesto, cosas como *¿Quién se ha llevado mi queso?* y *El monje que vendió su Ferrari*, pero eso está muy lejos realmente del verbo leer si el objetivo de tales productos no es que pienses sino que acabes convencido. Los gurús de la autosuperación han hecho pingües negocios con los universitarios semialfabetizados, porque saben que si les dicen frases como “cuando dejas atrás tus temores, te sientes libre” o “prepárate para cambiar con rapidez y para disfrutarlo”, sentirán que quien les habla es Dios porque nunca en su vida habían escuchado tan elevada sabiduría. ¿Y todo por qué? Porque jamás leyeron a Platón, a Séneca, a Montaigne, a Schopenhauer o a alguno de sus buenos divulgadores, como por ejemplo Fernando Savater o André Comte-Sponville.

Entonces capsulitas y fabulitas bobas como las de Spencer Johnson y Robin S. Sharma les parecen la mar de profundas, tan profundas que casi se ahogan en ellas.

Algunas universidades ya se dieron cuenta de que el problema de la lectura no está sólo con los no profesionistas, sino también, y muy alarmantemente, con los profesionistas que hoy son ejecutivos de empresas, funcionarios de la administración pública y directores generales de esto y aquello. Gente que no lee ni su horóscopo ni mucho menos la caja del cereal. Lo cierto es que nunca les gustó leer, y que si leyeron algunos libros o capítulos de ellos fue, básicamente, para sacar la carrera.

Esto ya lo sabíamos. Pero es hasta ahora, es decir recientemente, que el tema salta a las primeras páginas de los diarios y como asunto preocupante de las agendas públicas de educación y cultura, pero no por lo educativo o cultural que pueda tener el asunto, sino porque incide en cuestiones económicas y sociales. La lógica de la Organización para la Cooperación y del Desarrollo Económicos (OCDE) es una lógica simple: si un universitario no lee, ni se actualiza, ni tiene interés por conocer más, es alguien que no resulta “competitivo” ni competente frente a las exigencias de la globalización.

Esto último es verdad, y sin embargo no es lo más importante. Porque resulta por demás obvio que un universitario que lee es una persona que desarrolla mayores capacidades, aun sin hacerlo expresamente para lograr mayores competencias y mejores cualificaciones. Un universitario que lee por gusto es alguien que no sufrirá la lectura por obligación.

Nuestro error, tanto en cultura como en educación, ha sido el privilegiar las capacidades técnicas antes que las potencialidades humanísticas. Desde la más tierna infancia hasta los umbrales de la titulación académica lo que hacemos es un ejercicio memorístico más que una práctica reflexiva. To-

dos sabemos –lo mismo si lo pronunció Einstein que si lo dijo Pepito– que la memoria es la inteligencia de los tontos, y sin embargo la escuela se sigue montando sobre la memoria para todo, en lugar de abrir los caminos del pensamiento y la discusión. La duda y el escepticismo son siempre mejores maestros que la memorización.

Los universitarios padecen los mismos problemas que los estudiantes de preparatoria, secundaria y primaria: en una enorme proporción, no leen y no les gusta leer porque, en cuanto a libros, les basta con memorizar autor, título, tema, trama, personajes, género, corriente, época, etcétera, sin tener que leer los libros. Son fruto de los mecanismos tradicionales, vacíos y repetitivos con los que se enseña lengua y lectura en los niveles escolares previos a la matrícula profesional.

Es difícil no plantear, en este punto, el tema de las tecnologías de información. Pero creo que se equivocan quienes ven en las herramientas de Internet la muerte del libro y la competencia “desleal” de las pantallas y los teclados. De hecho, está suficientemente probado que quienes leen y escriben en papel y son migrantes digitales, leen y escriben también en la computadora y en los demás instrumentos que facilitan más que complican la lectura y la escritura. Mi hija, que es lectora y autora de libros en papel, me dijo hace poco, sin reprimir su entusiasmo: “¡Adoro mi Kindle!” Por algo será.

El problema de la lectura no radica en que Internet sea una competencia frente a la lectura en el formato tradicional del libro en papel, sino en el hecho de que la escolarización no está promoviendo ni fomentado el placer de leer y escribir, sino el deber de leer para hacer tareas, memorizar datos y entregar soporíferos e inútiles reportes de lectura. Los profesores se desesperan porque los reportes de lectura están mal escritos, pero están mal escritos a partir de que los libros están mal leídos: con tedio, con sufrimiento y con rencor.

Aunque nos pese a los nostálgicos, no hay demasiada diferencia entre leer un libro en papel y hacerlo en el Kindle, pero los que leen en el Kindle es porque antes, de todos modos, leían en papel, y disfrutaban (y siguen disfrutando) este ejercicio que no se reduce a las tareas, sino que va más allá incluso del placer, y se vincula con el conocimiento, el hallazgo, la interrogación sobre quiénes somos, hacia dónde vamos y cómo afrontamos la soledad, el dolor, la dicha, la fragilidad, el placer y la certidumbre de sabernos mortales. “Los libros me guían a través de la vida”. Estoy citando a Gorki, con la incómoda sensación de que muchos universitarios no saben quién es Gorki.

Los lectores no pueden reducirse a practicantes de un deber instrumental inmediato. Las bibliotecas, y especialmente las bibliotecas personales, siempre están un paso adelante de las universidades. A quienes contamos con estudios universitarios y seguimos siendo lectores nos cuesta trabajo reconocer (porque es políticamente incorrecto) que ello no fue producto, necesariamente, de las aulas universitarias, donde –si bien nos fue– lo que adquirimos, gracias a ciertos y estu-
pendos profesores, fue el impulso para leer, al mismo tiempo que los libros obligatorios, los libros que se nos daba la gana. En mi caso, yo puedo afirmar esto. Y a veces –ésta es la verdad– nos volvemos lectores voraces sólo si conseguimos sobrevivir a la autoritaria y desalentadora enseñanza de la lengua y la lectura en nuestras escuelas.

En cuanto a las bibliotecas, todavía hay bibliotecarios que se ofenden cuando, en los congresos, algún colega señala o recomienda que –para hacer más eficazmente su trabajo– tendrían que ser *bibliotecarios lectores*. Algunos reaccionan incluso airados: “¡Cómo que *lectores*! ¡Si los bibliotecarios leemos todo el santo día!”, exclaman. Otros argumentan que tienen tantos asuntos que atender que no les queda tiempo pa-

ra otra cosa, pero que, de cualquier forma, leen todo lo que tiene que ver con la biblioteca.

En ambos casos, independientemente de las reacciones (airadas o no), lo que no se ha comprendido del todo es que no se puede trabajar con libros, entre libros, por los libros y para los lectores y usuarios, y únicamente leer sobre bibliotecología o biblioteconomía, es decir exclusivamente sobre la especialidad.

Es como si un editor sólo leyera de ediciones (los hay por supuesto) o como si un ingeniero sólo leyera de ingeniería (y también los hay, y en abundancia). En otras palabras, es importante que los bibliotecarios sean también lectores que diversifiquen sus conocimientos, amplíen sus intereses lectores y fortalezcan su cultura general. Pero no sólo ellos. Todos, independientemente de nuestra profesión, tendríamos que hacerlo, pues el fenómeno es exactamente el mismo en prácticamente todas las carreras con los universitarios y en las universidades.

Durante mucho tiempo se pensó que lo que más se hacía en las universidades era leer. Ya no es fácil sostener este optimismo equívoco. La verdad es que lo que más se hace en las universidades (y en todos los niveles previos de la educación) es estudiar para los exámenes. Y bien sabemos que estudiar no es lo mismo que leer, aunque para estudiar tengamos que leer.

Muchas universidades públicas de América Latina han comenzado a preocuparse seriamente por este problema y, por principio, aceptaron (como acepta su mal un enfermo o su debilidad un adicto) que, en una enorme proporción, los universitarios “no leen”.

Este diagnóstico no quiere decir que los universitarios no lean sus apuntes de clase, o los libros o capítulos de libros que *deben leer* para cursar satisfactoriamente sus materias y,

con ello, sacar sin contratiempos su carrera. No. Lo que quiere decir es que no leen nada más que eso, que es bastante poco o casi nada. Ya no es sorprendente encontrar a jóvenes marxistas que nunca han leído un libro de Marx y que todo su conocimiento reside en nociones vagas del marxismo que han sacado de Internet.

Lo cierto es que con Internet las cosas se facilitaron o se complicaron para la formación intelectual, según se vea. Mucha de la cultura universitaria, hoy, está hecha de fragmentos. Y no hay nada más fragmentado que Internet. Es el paraíso de los fragmentos y, por tanto, de la cultura fragmentada y fragmentaria. Muchos universitarios saben algo sobre Aristóteles, Platón, Nietzsche, Hegel, Rousseau, Heidegger, Kant, Benjamin, Sartre, Bettelheim, Propp, etcétera, no necesariamente porque hayan leído libros de estos pensadores, sino porque en la red hay una montaña de artículos y ensayos de interpretación sobre ellos.

Basta poner en el buscador de Google la palabra “Nietzsche” para encontrar más de siete millones de resultados. ¿Pero cuántos han leído realmente a Nietzsche y no lo conocen sino únicamente de oídas o por vagas referencias? Algunos creen incluso que ya ni vale la pena leerlo. ¿Para qué fatigar *El nacimiento de la tragedia, Humano, demasiado humano, La gaya ciencia, Más allá del bien y del mal, Así hablaba Zaratustra, Ecce Homo, El Anticristo*, etcétera, si ya hay artículos de tres páginas y ensayos de diez que nos dicen “todo” lo que vale la pena saber sobre el autor? Eso sí, hay quienes hablan de lo que dijo Habermas sobre Nietzsche, porque Habermas es “actual” y está de moda, y porque conocer sus ensayos da más prestigio o más caché –en el *bluff* interpretativo– que leer directamente a Nietzsche y sacar las propias conclusiones. Lo cierto es que debería haber más que Habermas.

Lo bueno sería que Comte-Sponville nos hiciera descubrir, por ejemplo, a Spinoza, Montaigne y Alain, pero no únicamente de oídas (para decir lo que Comte-Sponville dice de ellos), sino por trato directo, para que conversemos con esos autores a través de sus libros, luego de que Comte-Sponville nos ha hecho el grandísimo favor de facilitarnos el acceso a ellos. Dado que Habermas nos facilita a Nietzsche, ¿por qué tendríamos que quedarnos con Habermas? Debe, sin duda, haber más.

Internet, que es una herramienta maravillosa y que, además potencia el libro y la lectura, también puede ser el mayor lugar de holganza para los perezosos que, de todos modos, tampoco leen libros en papel. Pican aquí, pican allá; de aquí sacan esa poquita cosa blandengue, insípida, y de más allá otro breve bocado de cosa masticada (interpretada), y ya con eso tienen para aprobar la materia y *blofear* en twitter o tuitear en *bluff*.

Que nadie interprete este alegato como una propuesta reaccionaria para regresar a las cavernas. Lo que decimos es que la lectura formativa requiere de paciencia y completitud, en contraposición a la velocidad fragmentaria y fragmentada de la tecnología electrónica. En *Una historia de la lectura*, Alberto Manguel advierte que quienes hoy oponen la tecnología electrónica a la de la imprenta “[...] quieren hacernos creer que el libro –esa herramienta ideal para la lectura, tan perfecto como la rueda o el cuchillo, capaz de contener nuestra memoria y experiencia, y de ser en nuestras manos verdaderamente interactivo, permitiéndonos empezar y acabar en cualquier punto del texto, anotar en los márgenes, darle el ritmo que queramos– ha de ser reemplazado por otra herramienta de lectura cuyas virtudes son opuestas a las que la lectura requiere”.

Con entera razón, Manguel aclara que “[...] la tecnología electrónica es superficial y, como dice la publicidad para un

powerbook, ‘más veloz que el pensamiento’, permitiéndonos el acceso a una infinitud de datos sin exigirnos ni memoria propia ni entendimiento; la lectura tradicional es lenta, profunda, individual, exige reflexión. La electrónica es altamente eficaz para cierta búsqueda de información (proceso que torpemente también llamamos lectura) y para ciertas formas de correspondencia y conversación; no así para recorrer una obra literaria, actividad que requiere su propio tiempo y espacio. Entre las dos lecturas no hay rivalidad porque sus campos de acción son diferentes. En un mundo ideal, computadora y libro comparten nuestras mesas de trabajo”.

La verdad es muy simple y muy desalentadora: está probado que quienes no leen libros en papel tampoco lo hacen demasiado en la pantalla, aunque lo contrario, que también es cierto, nos cure del desaliento: quienes más libros leen en el Kindle es porque leen bastante, también, en papel. Y bien sabemos que leer es cosa de alfabetizados, de estudiantes, de universitarios, de profesionistas y, por tanto, en general, de privilegiados.

Podemos afirmar que el 99.9% de los universitarios pertenece al sector de los que son privilegiados si establecemos la relación con aquellos que no son ni alfabetizados ni estudiantes ni universitarios ni profesionistas. Por muy mal que estén, diría Gabriel Zaid, están mejor que los demás: pueden comprar libros o acceder a bibliotecas, disponen de tiempo para leerlos, tienen resueltos muchos problemas del día a día (sobre todo si son estudiantes universitarios y viven en casa de sus padres y no hacen otra cosa que ser universitarios), comparten entre ellos inquietudes intelectuales, gozan de ocios, etcétera. Y, sin embargo, muchos de ellos no leen; únicamente “estudian”.

“¿Pero a qué horas leo si me la paso estudiando?”, pregunta indignado un estudiante a quien la lectura de libros no le

hace gracia. Es una forma fácil, torera, de salir por peteneras. Otra vez, Gabriel Zaid es enfático y acertado: “Ninguna persona debería recibir un título universitario (de cualquier especialidad) si no es capaz de escribir el resumen de un libro”.

Si optamos por la verdad y la decimos sin ambages, habría que afirmar que si la inversión en las universidades públicas no consigue, entre otras cosas principales, formar lectores autónomos, el gasto no deja de ser, en una buena proporción, un desperdicio, pues, siendo así, los universitarios tendrían que regresar, a aprender a leer, a la escuela primaria.

Pero lo dramático es que tampoco la primaria (ni la secundaria, ni la preparatoria) forma lectores. Para esto (piensan los profesores, acordes con el “pensamiento” del sistema educativo), las personas tendrían que ir a la universidad. Y, si ahí tampoco se lee, el círculo vicioso nunca se rompe. Por eso no queda otra alternativa que romperlo.

Puesto que la educación básica, en México, está en manos de un sindicato que se opone a cualquier modificación (porque cree que lo momificado no debe ser modificado) y de una secretaría que cree que debe modificar todo (pero únicamente bajo los preceptos empresariales de la OCDE), lo que tenemos es un escenario dramático en el que los preuniversitarios no leen (es decir, no son lectores autónomos) porque, en los pasos previos de su educación, nunca la lectura fue una prioridad, y llegan a la universidad a seguir cultivando con afán su “hábito de no lectura” y justificándose con el argumento de que están muy ocupados en estudiar, es decir muy atareados en no leer.

¿Universidades lectoras? Sí. No existe otra solución que cambiar el esquema, en las universidades, para que los universitarios lean. Crear y alentar programas de lectura en las universidades, como ya se hace en algunas, más allá de las reacciones de los susceptibles que exclaman extrañados cuando

no ofendidos: “¡Pero si sabemos leer y leemos! ¡Es lo único que hacemos! ¡Todo el tiempo estamos leyendo!” Es fácil probar que muchos de ellos no saben leer: basta con ponerlos a leer.

Que lean para aprobar los exámenes no es lo mismo que lean para añadir algo más a su vida, para agregar a su existencia (y a su profesión) mayores capacidades y experiencias. No hay nada más contradictorio que un universitario que no lee o que únicamente lee cuando hay que hacer tarea o cuando tiene que examinarse.

En este sentido, quienes leen *El Libro Vaquero* y *Sensacional de Traileros* les ponen la muestra: apenas son alfabetizados, pero leen porque se les antoja, porque les gusta, porque disfrutan y se complacen y se solazan en la palabra y en la imagen; porque necesitan otras experiencias que no sean los deberes, pero no porque tengan que hacer tarea o presentar exámenes. Por supuesto, en general, no son universitarios. Bueno, en el mejor de los casos, ojalá no lo sean, pues el mayor fracaso de la educación mexicana sería comprobar que se ha preparado a las personas que han pasado por las aulas universitarias, por los “estudios superiores”, para que alcancen la plenitud de sus expectativas culturales con el *Sensacional de Traileros*.

BIBLIOGRAFÍA

- Comte-Sponville, André, *Invitación a la filosofía*, traducción de Vicente Gómez Ibáñez, Paidós, Barcelona, 2007.
- Epstein, Jason, *La industria del libro: Pasado, presente y futuro de la edición*, traducción de Jaime Zulaika, Anagrama, Barcelona, 2002.
- Manguel, Alberto, *Una historia de la lectura*, traducción de Eduardo Hojman, Joaquín Mortiz, México, 2006.

Marina, José Antonio, *El vuelo de la inteligencia*, Random House Mondadori, México, 2007.

Zaid, Gabriel, *Los demasiados libros*, Océano, México, 2007.

_____, *El secreto de la fama*, Lumen, México, 2009.

_____, *Leer*, selección y prólogo de Fernando García Ramírez, Océano, México, 2012.